

Gardel, un muerto serio

Jaime Jaramillo Panesso



© Juan Fernando Vélez. De la serie Recordatorios de Gardel. Collage, transfer, laca y tinta. 25 x 25 cm. 2008-2009

Pudo irse a morir en Buenos Aires, donde lo esperaba su madre Berta Gardes, o en París, donde triunfó antes que los argentinos lo aclamaran, o en Nueva York, donde filmaron sus últimas películas. Quiso el destino que viniera a morir en Medellín, un pueblito interandino que tenía arzobispo y gobernador. Porque si murió para los médicos forenses, nació para sus admiradores en forma de mito que en junio del 2015 cumplirá 80 años de haberse quedado su canto y su imagen de señor serio, con garganta de pájaro zorzal como lo conocieron los escuchas hasta ese día 24 de junio de 1935 a las tres y cinco minutos de la tarde.

No importa que los gardelianos del sur sigan dándose pescozones literarios cuando se trata de señalar su suelo de nacimiento: que fue en Toulouse, Francia, y arribó de niño al puerto de Buenos Aires. Que su real origen está en Tacuarembó, un municipio de la Provincia Oriental del Uruguay, hijo extramatrimonial de un coronel. Lo único cierto de todas las certezas es su muerte en la capital de Antioquia. Y por supuesto, sus canciones que están en la memoria y en el corazón de la gente.

Gardel llegó a Medellín con sus compañeros de labores artísticas y comerciales, pues uno de sus objetivos era promocionar las películas donde actuaba y cantaba. Como actor de cine lo hacía menos que regular. El centro de gravedad se localizaba en sus temas musicales que resultaban de la evidente empatía con Alfredo Le Pera. De ahí los tangos que le sobreviven: “Volver”, “Soledad”, “Cuestabajo”, “Sus ojos se cerraron”, “Por una cabeza” y los demás que lo caracterizaron, la canción “El día que me quieras”, tan conocida que casi supera a “La Cumparsita”. Le Pera comprendió que el uso del lunfardo aislaba al tango de la gran masa de oyentes, por lo tanto utilizó el castellano con mayor énfasis para calar en el público hispano-parlante.

Gardel encontró para la difusión de su obra un momento estelar de los medios acústicos: el cine sonoro, la radio que apenas nacía y el disco de acetato en 78 rpm. La victrola, en algunas familias pudientes, es la encargada de darle voz al artista. Y el radio de tubos en las entrañas uniría a las familias a su alrededor. Pero Don Carlos iba mucho más allá: dueño de su propia empresa corporal, exhibía una pinta de gran caballero admirado y deseado por miles de mujeres. Cabello liso engominado, dentadura de promotor de dentífricos, soltero de profesión, bacán generoso con los humildes y playboy con las damas aristocráticas en París. Todo un entorno exitoso lo acompañaba. El poeta Horacio Ferrer lo describe con su estilo surrealista y cromático así: “La corbata es de claveles encendidos, para abrigar los cascabeles de su voz. Y dos zapatos, muy de peregrino, que no son zapatos, sino que son caminos” (“Fábula para Gardel”).

En Medellín, el sitio para presentar su música y sus películas fue el Circo España, un local espacioso donde alternaban distintos espectáculos de entretenimiento: compañías musicales y teatrales, cine, corridas de toros, situado en lo que hoy es la carrera Girardot entre las calles Caracas y Bolivia. Se hospedó Gardel en el Hotel Europa, al lado del Teatro Junín, lugar que ocupa el edificio Coltejer (Junín al cruce de la avenida La Playa), hoy ambos edificios desaparecidos. Durante tres días, 11, 12 y 13 de junio, Gardel se presentó en el Circo España. Luego viajó a Bogotá a repetir su función musical. La cita en su agenda señalaba a la ciudad de Cali como parte de su itinerario a continuar, después de Bogotá. Por asuntos técnicos y comerciales la empresa de aviación que transportaba a Gardel debía hacer escala nuevamente en Medellín, aeropuerto Las Playas, denominado luego aeropuerto Olaya Herrera. Competían entre sí dos compañías aéreas: Saco y Scadta. De ese forcejeo por el mercado de pasajeros se desprende una de las

hipótesis del accidente en el cual muere Gardel, sus compañeros y un grupo de colombianos que ocupaban un avión diferente al que transportaba a Gardel.

El féretro del Tanguero Mayor (también lo apodaban El Zorzal Criollo, El Mudo, El Rey del Tango) fue guardado en una tumba del Cementerio de San Pedro. Transcurrieron seis meses, cuando apareció Armando Defino, con poderes otorgados por la presunta madre de Carlos Gardel. Reclama los restos mortales que viajarán por tierra hasta el puerto de Buenaventura, utilizando vehículos automotores y ferrocarril. A su paso por algunos pueblos recibirá Gardel honrosas manifestaciones de simpatía y de dolor. El cadáver de Carlos Gardel sale del puerto colombiano rumbo a Nueva York y de allí partirá hasta llegar a Montevideo y finalmente a Buenos Aires ocho meses después del accidente que truncó su vida, para ser depositado en la tumba definitiva en el cementerio de La Chacarita, el 6 de febrero de 1936.

Dicen los vigilantes nocturnos del Olaya Herrera, que en las noches del mes de junio se escuchan las notas de cuerdas guitarreras compañeras de Gardel y la voz poderosa y tierna de un hombre que hizo universal al tango. Carlitos quedó atrapado en la cabina del F31, carbón hecho canción, apagado y silencioso “como un pájaro sin luz”, según reza el verso de Homero Expósito, mientras sus adeptos opinan que cada día canta mejor.

Jaime Jaramillo Panesso es abogado de la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín, escritor, político, columnista y melómano. Ha publicado, entre otros, los libros: *Corazón de ciudad*; *Vení leeme, cuentos y crónicas*; *Ojeras de zaguán*; *Medellín: ciudad y diagnóstico*; *Manos en el fuego* y *Verdad amarga y otros escritos*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.